

Capítulo sobre la Regla de San Benito - CFM - Roma 22.09.2011

La séptima característica del buen celo que deben tener los monjes es: "Amen a su abad con una caridad sincera y humilde - *abbatem suum sincera et humili caritate diligant* " (72,10).

Me gustaría señalar, en primer lugar, que la Regla de San Benito, en el capítulo 72, utiliza un poco todas las series del vocabulario del amor: *amor, caritas, dilectio*. De estos términos, uno para el abad: "*caritate diligant*": amen a su abad con caridad. Esto acentúa la intensidad y la calidad del amor que San Benito pide a los monjes para con su abad. No se trata simplemente de amarlo de un modo impreciso, como cada uno quiere o piensa o siente, sino de amarlo con una dilección de amor. Es como si Benito concentrase aquí el diálogo de Jesús resucitado con Simón Pedro, en el que el Señor pregunta a Pedro "¿Me amas?". Y, de hecho, en este diálogo del capítulo 21 de San Juan, hay una misteriosa sucesión de los verbos *agapein* y *philein*, en latín *diligere* y *amare*, que Jesús y Pedro se intercambian para pedir y dar el amor que animará toda la misión pastoral de Pedro, en representación del mismo Cristo: "¿Me amas? - Señor, tú sabes que te amo. - Apacienta mis ovejas " (cf. Jn 21,15-17).

Por lo tanto, es como si san Benito, al final de la Regla, como hace Juan al final de su Evangelio, quisiera resumir el lugar del abad en la comunidad y, por lo tanto, el gran tema de la responsabilidad y de la obediencia, en la relación de amor con Cristo, en el que el mismo Jesús resucitado lo ha colocado. La autoridad en la Iglesia y, por lo tanto, en el monasterio, no es ante todo una cuestión de derechos y deberes, de órdenes a dar y a seguir, sino una particular forma de relación con el Señor, y, en cuanto tal, una cuestión de amor. Se tiene autoridad si se ama, y se obedece si se ama. Fuera de esto, la autoridad y la obediencia no son verdaderamente cristianas, es decir, no nos ponen en relación con el Señor Jesucristo, único Maestro y Pastor de nuestras vidas. Es como si san Benito, al final de la Regla, recordase a los monjes que si el abad hace las veces de Cristo en el monasterio (cfr. 2,2), esto no quiere decir solamente que se necesita obedecerle y respetarle, sino, sobre todo, amarlo.

En esta breve nota del capítulo 72 sobre el abad, san Benito consigue también sintetizar el modo con el que se nos pide amar a quien en la comunidad tiene el deber de representar a Cristo para nosotros. "Amen a su abad con caridad sincera y humilde". El amor con el que amemos al abad debe ser sincero y humilde. Como siempre, también aquí san Benito nos lleva a la verdad de nuestras actitudes; quiere que expresemos exteriormente lo que tenemos en el corazón. Como cuando en el capítulo 4 pide "no dar paz fingida" (4,25). O cuando nos pide no murmurar interiormente cuando obedecemos (cfr. 5,17-19).

Esta sinceridad humilde en la relación con la autoridad no es, evidentemente, solo una gentileza que debemos hacer a nuestros abades y abadesas para aliviarles de sus preocupaciones. Esta sinceridad es importante, en primer lugar, para nosotros, de modo que la relación con la autoridad sea verdaderamente una relación que nos haga crecer y avanzar. En la vida cristiana solo se crece siguiendo, si nos pone en el seguimiento de quien está delante de nosotros. Es siempre una compañía que nos lleva lejos, la compañía de una comunidad y, en la comunidad, la compañía, el acompañamiento del que, o los que, tienen el carisma o el deber de la autoridad. El amor por el abad, la abadesa, es humilde si el monje es consciente de tener necesidad de ayuda para crecer y avanzar. Es sincero si no escondemos detrás falsas imágenes de nosotros mismos, nuestra inmadurez, nuestra pequeñez, nuestra imperfección y, también, nuestra mentira. Todos tenemos, más o menos, la tendencia a esconder aquello que no está maduro en nosotros. Todos tenemos la tendencia a mostrarnos mejores de lo que somos. La sinceridad está también en reconocer esta tendencia a mentir sobre nosotros mismos y a trabajar en la transparencia con la que nos debemos guiar. La sinceridad sobre nosotros mismos es siempre humilde, porque quiere decir reconocer lo que somos.

Pero san Benito pide vivir esta sinceridad humilde como amor hacia el abad, es decir, vivirla dentro de una relación filial de confianza. No nos pide ser sinceros y humildes ante un juez o a un inspector de policía, sino ante nuestro abad, ante nuestra abadesa. Esto ayuda también al abad a no vivir su ministerio como un “funcionario”, sino dentro de una paternidad, o maternidad, dirigida al crecimiento de los monjes, de las monjas.

San Benito pide aquí este amor a los hermanos, pero es evidente que también los superiores deben escuchar esta recomendación de la Regla. Depende también de ellos que los hermanos les puedan amar con amor sincero y humilde. Si ellos mismos no aman a los hermanos, si ellos mismos carecen de humildad, de conciencia de sus limitaciones, y de sinceridad, y, quizá, de verdad en sus relaciones con los hermanos, evidentemente, no favorecerán este amor sincero y humilde de los hermanos en sus encuentros. A menudo, son los superiores los que a su vez no han sido bastante sinceros y humildes a su tiempo para amar a sus superiores, por lo que luego no suscitan este tipo de amor en sus hermanos.

A menudo hay una cierta desorientación en el papel y en el ejercicio de la autoridad en la Iglesia y en nuestras Órdenes. Es como si los superiores no supieran cómo situarse ante sus hermanos. También porque los hermanos y hermanas no saben cómo situarse ante sus superiores. Así, a los superiores les cuesta encontrar la relación justa, equilibrada, verdaderamente autorizada, sin autoritarismo, con los hermanos o hermanas de su comunidad. Y, a menudo, noto que esto proviene del hecho de que muchos superiores no han tenido, a su vez, una buena relación con sus superiores. Son como huérfanos que se convierten en padres y madres, y no saben cómo comportarse con sus hijos.

Entonces, comienzan a buscar técnicas, modos de actuar, instrucciones, como si la autoridad en Cristo fuese algo que puede funcionar con un manual en la mano. En una ocasión, participé en un seminario de un gran banco suizo con una conferencia sobre lo que significa dirigir. Me mostraron una publicación del banco sobre el tema y tuve la impresión de que fuese el manual para utilizar el ordenador. Sin embargo, dirigir a las personas, guiar a las personas, es siempre, ante todo, una cuestión humana, una cuestión de humanidad, no de técnica. Y nada hay más humano que la relación. San Benito pide al abad, en los capítulos a él dedicados, y también en esta breve indicación del capítulo 72, trabajar con sus hermanos en la mutua relación, con el fin de que sea una relación de amor sincero y humilde que permita crecer.

La humildad es como la tierra; la sinceridad es como el sol. Cuando la tierra y el sol se encuentran, la semilla crece y da fruto. Y la semilla es la caridad de las personas. En el amor sincero y humilde que los hermanos se intercambian y viven con su abad, toda la comunidad puede crecer, dar fruto, fruto de crecimiento y perfección en la misma caridad de Cristo en nosotros y entre nosotros, y hacia todos.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist.*